

“Estar con Cristo en la oración”: La oración del presbítero, en el Año sacerdotal, a la luz de Juan Pablo II

Daniel Watt Rocher

Profesor de la Escuela de la Fe en Monterrey, México

ANIMADO POR EL AÑO SACERDOTAL me he dado a la tarea de recopilar algunas vivencias y exhortaciones de Juan Pablo II sobre la oración en la vida personal, y en el ministerio del presbítero en la Iglesia. El Cardenal Carlo María Martini, en su prefacio a *Cari Sacerdoti!*, en que se recogen las Cartas del Jueves Santo y otros escritos sobre la identidad, la vida y la formación del sacerdote (Turín 1990), inspirado en la homilía de Juan Pablo II en el Seminario Lombardo, 13 de mayo de 1985, señalaba tres aspectos de la espiritualidad de san Carlos Borromeo que veía en el magisterio y vida del Papa: la capacidad de afrontar sacrificios y penitencias muy severas para garantizar la libertad interior necesaria para el ejercicio de la caridad pastoral; la solicitud por los estudios y la actualización cultural para ser cada vez más competentes y eficaces en el ministerio; la apasionada intensidad de la vida interior, alimentada de continuo a la fuente de una asidua y generosa oración que tenía en la contemplación del Crucificado su punto central y su fundamento.

La diversidad, amplitud y calidad de la enseñanza de Juan Pablo II son llamadas a la conciencia sacerdotal, reflejo de su propia vida espiritual, que no pueden dejar de hacernos mucho bien. Difundir el pensamiento del venerable Juan Pablo II, de próxima y querida beatificación, me parece un deber y un acto de gratitud a quien *per multos annos* ha sido ejemplo, guía y padre de todos nosotros: “Escuchemos a Pedro: su experiencia apostólica y su magisterio nos ofrecen indicaciones preciosas para iluminar nuestra búsqueda, para orientar y hacer siempre más inteligente la escucha recíproca, para elaborar líneas educativas y espirituales sobre las cuales invitar a los presbíteros de hoy y de mañana, a un camino que, no obstante las dificultades, puede desarrollarse en la paz y en el gozo de la fecundidad espiritual” (Card. Carlo María Martini, en su prefacio a *Cari Sacerdoti!*).

Hoy como ayer la oración os es imprescindible: “Este servicio alto y exigente no podrá ser prestado sin una clara y arraigada convicción acerca de

vuestra identidad como sacerdotes de Cristo, depositarios y administradores de los misterios de Dios, instrumentos de salvación para los hombres, testigos de un reino que se inicia en este mundo, pero que se completa en el más allá. Ante estas certezas de la fe ¿por qué dudar sobre la propia identidad? ¿Por qué titubear acerca del valor de la propia vida? ¿Por qué la excitación frente al camino emprendido? Para conservar o reforzar esta convicción firme y perseverante, mirad al modelo, Cristo, avivad los valores sobrenaturales en vuestra existencia, pedid la fuerza corroborante de lo alto, en el coloquio asiduo y confiado de la oración. Hoy como ayer os es imprescindible. Y sed también fieles a la práctica frecuente del Sacramento de la Reconciliación, a la meditación cotidiana, a la devoción a la Virgen mediante el rezo del rosario. Cultivad, en una palabra, la unión con Dios mediante una profunda vida interior. Sea éste vuestro primer empeño. No temáis que el tiempo consagrado al Señor quite algo a vuestro apostolado. Muy al contrario, ello será fuente de fecundidad en el ministerio” (Juan Pablo II, Encuentro con los sacerdotes diocesanos y religiosos en la Basílica de Nuestra Señora de Guadalupe, D.F., 27 de enero de 1979).

Orar para convertirse cada día: “Es la oración la que señala el estilo esencial del sacerdocio; sin ella, el estilo se desfigura. La oración nos ayuda a encontrar siempre la luz que nos ha conducido desde el comienzo de nuestra vocación sacerdotal, y que sin cesar nos dirige, aunque alguna vez de la impresión de perderse en la oscuridad. La oración nos permite convertirnos continuamente, permanecer en el estado de constante tensión hacia Dios, que es indispensable si queremos conducir a los demás a El. La oración nos ayuda a creer, a esperar y amar, incluso cuando nos lo dificulta nuestra debilidad humana. Convertirse quiere decir “orar en todo tiempo y no desfallecer” (Lc 18,1). La oración es, en cierta manera, la primera y la última condición de la conversión, del progreso espiritual y de la santidad. Tal vez en los últimos años –por lo menos en determinados ambientes- se ha discutido demasiado sobre el sacerdocio, sobre la identidad del sacerdote, sobre el valor de su presencia en el mundo contemporáneo, etc., y por el contrario, se haorado demasiado poco. No ha habido bastante valor para realizar el mismo sacerdocio a través de la oración, para hacer eficaz su auténtico dinamismo evangélico, para confirmar la identidad sacerdotal. Es la oración la que señala el estilo esencial del sacerdote; sin ella, el estilo se desfigura. La oración nos ayuda a encontrar siempre la luz que nos ha conducido desde el comienzo de nuestra vocación sacerdotal y que sin cesar nos dirige, aunque alguna vez permite da la impresión de perderse en la oscuridad. La oración nos permite convertirnos continuamente, permanecer en el estado de constante tensión hacia Dios, que es indispensable si queremos conducir a los

demás a Él. La oración nos ayuda a crecer, a esperar y a amar, incluso cuando lo dificulta nuestra debilidad humana. La oración nos consiente, además, nos permite descubrir continuamente las dimensiones que aquel Reino, por cuya vendida rezamos cada día, repitiendo las palabras que Cristo nos ha enseñado. En este caso advertimos cuál es nuestro lugar en la realización de esta petición: Venga tu Reino, y vemos cómo somos necesarios para que ella se realice. Y tal vez, cuando rezamos, percibiremos con más facilidad aquellos campos que ya están blanquecimos para la siega y comprenderemos el significado que tienen las palabras que Cristo pronunció a la vista de los mismos: Rogad al dueño de la mies que envíe obreros a su mies”. La oración debemos unirla a un trabajo continuo sobre nosotros mismos: es la formación permanente. Los hombres esperan que los sacerdotes sean hombres de oración” (Juan Pablo II, Carta a los sacerdotes el Jueves Santo, 8 de abril de 1979, nº 10).

Nada puede reemplazar la oración personal: “Necesitáis en primer lugar entrar cada día un poco más en el Espíritu de Cristo, enraizaros con Él. Esto expresa hasta qué punto debéis familiarizaros con su Palabra, con la Escritura, y meditarla: tratar con el Señor en la intimidad de la oración —nada puede reemplazar la oración personal sin la que nuestra vida sacerdotal se secaría—; aprender a orar juntos y a tener conversaciones espirituales con toda sencillez; celebrar al Señor en la liturgia digna y vivida según lo permiten el Concilio y la Reforma de Pablo VI bien entendida; uniros al sacrificio de Cristo que será el cenit y centro de vuestra vida sacerdotal diaria. También debéis aprovecharos de la experiencia de autores espirituales e iniciaros en las escuelas de espiritualidad para nutrir vuestra mentalidad cristiana, orientar y fortificar nuestra acción cristiana y adquirir el arte de guiar a las almas, como recordé en mi Carta a los sacerdotes del Jueves Santo de 1979” (Juan Pablo II, Homilía en el Pontificio Seminario Francés de Roma, 11 de enero de 1981).

La oración litúrgica. La oración es el alma de vuestro trabajo por el reino: la oración litúrgica centrada en la Eucaristía, recibida y vivida con esa pureza de conciencia que exige el recurso al sacramento de la reconciliación, celebrado debidamente, lo que no admite paliativos; la liturgia de las horas, que marque el ritmo de la continua adoración, “en espíritu y verdad” con la presencia, “querida” de la Virgen entregada a la oración, la esclava del Señor, modelo de cuantos quieren servir al Señor” (Juan Pablo II, Encuentro con el clero y los religiosos, durante el peregrinaje apostólico a Portugal, Fátima 13 de mayo de 1982).

La oración y el trabajo nunca deben separarse: “Queridos sacerdotes y religiosos, la oración es un elemento insustituible de nuestra vocación. Es tan esencial que, por su parte, muchas otras cosas que parecen más urgentes deben y tienen que ser pospuestas. Aunque vuestra vida de cada día al servicio de los hombres esté sobrecargada de trabajo, en ella nunca debe faltar el tiempo dedicado al silencio y a la oración. La oración y el trabajo nunca deben separarse. Si reflexionamos diariamente ante Dios sobre nuestro trabajo y se lo encomendamos, ese mismo trabajo se convierte en definitiva en oración. Aprender a orar. Para esto prestad atención sobre todo a la riqueza de la Liturgia de las Horas y de la Eucaristía, que deben acompañar, en modo particular, vuestro trabajo diario. Aprender en la misma escuela del Señor a orar, de tal modo que lleguéis a ser maestros de oración y podáis enseñar la oración a aquellos que os han sido confiados. Se insegnate agli uomini a pregare, allora restitirete la parola alla loro fede spesso scossa. (Juan Pablo II, Santuario de Mariazzell, Homilía 13 de septiembre de 1983).

Una fidelidad a la oración no fácil: “Que vuestra fe sea fuerte, vigorosa, alimentada por la oración asidua. Sed modelos de oración, convertíos en maestros de oración. Es muy necesario que vuestras jornadas estén marcadas por rítmicos espacios de oración, durante los cuales, según el modelo de Jesús, os sumerjáis en el coloquio vivo y regenerador con el Padre y os encontréis con el Dios inefable. Esta fidelidad no es fácil, sobre todo hoy que el ritmo de la vida se ha vuelto frenético y las ocupaciones absorben en tan gran medida. Pero debemos convencernos de que en el momento de la oración es precisamente cuando resulta más fuerte la unidad del sacerdote con sus propios fieles, el momento en que él está más presente y resulta más eficaz en su ministerio” (Juan Pablo II, Discurso a los sacerdotes y religiosos durante la visita pastoral a Bari y Bitonto, 26 de febrero de 1984).

La oración debe ser el alma de nuestra propia vida: “Entre todos los actos del ministerio que se refieren a la triple función sacerdotal, subrayo algunos pensando en las necesidades espirituales de vuestros compatriotas hoy. Un cierto número de jóvenes ha vuelto a descubrir la oración. Pero muchos otros ya no saben o no se atreven a rezar. Ahora bien, este mundo secularizado no se abrirá a la fe y a la conversión nada más que si ora al tiempo que escucha el Evangelio. “Esta especie de demonios no puede ser expulsada por ningún medio si no es por la oración y el ayuno” (*Mc* 9, 29 e *Mt* 17, 21). Este mundo necesita maestros de oración, y se vuelve espontáneamente hacia el sacerdote que ve orar en nombre de la Iglesia. Pero sólo se enseña a los demás a orar si la oración es el alma de nuestra propia vida, si acompaña todos nuestros esfuerzos pastorales. La celebración cotidiana de la Eucaristía

con la dignidad que conviene y la conciencia de entrar en el acto redentor de Cristo, permanece evidentemente en el centro y en la cumbre de vuestras vidas sacerdotales” (Juan Pablo II, Discurso a los sacerdotes y seminaristas, durante su viaje apostólico en Canadá, Montreal, 11 de septiembre de 1984).

La oración renueva al sacerdote: “Vosotros también conocéis el camino de la salvación y los medios para renovarse. En primer lugar yo diría: una renovación espiritual. ¿Cómo podríamos remediar la crisis espiritual de nuestro tiempo si nosotros mismos no utilizamos los medios para una unión profunda y constante con el Señor de que somos servidores? En el Cura de Ars tenemos un guía sin igual. Decía: “El sacerdote es, ante todo, un hombre de oración. Lo que nos falta es la reflexión, la oración, la unión con Dios”. Por eso nuestros directores espirituales han insistido en la necesidad de un tiempo dedicado a la oración, cada día generosamente en presencia del Señor, en la necesidad de escuchar diariamente la Palabra de Dios, en la necesidad de la alabanza y la intercesión en nombre de la Iglesia mediante la liturgia de las horas, en el modo de celebrar la Eucaristía, en la plegaria mariana: ¡Qué admiración por la Virgen tenía el cura de Ars! ¡Y qué confianza: “Es suficiente volverse hacia Ella para ser escuchado”! Pienso incluso en días de retiro realizados con regularidad para dejar al Espíritu de Dios la posibilidad de penetrarnos, de “examinarnos” y ayudarnos a discernir lo esencial de nuestra vocación. El encuentro diario con las bondades y las miserias humanas en nuestro ministerio, evidentemente hay que integrarlo en la oración; ésta puede alimentarlo con la condición de referirlo todo al Señor, “para su gloria”. Todos nuestros compromisos sacerdotales adquieren un nuevo relieve a la luz de esta vitalidad espiritual” (Juan Pablo II, Retiro espiritual con los sacerdotes, diáconos y seminaristas en Ars, 6 de octubre de 1986).

Encontrar tiempo diario para orar: “Es preciso que sepamos encontrar cada día un espacio de tiempo para recogernos en diálogo personal con Dios. Este diálogo es imprescindible para nuestro ministerio, porque los presbíteros, como dice el Decreto *Presbyterorum ordinis*, buscando el modo de “enseñar más adecuadamente a los otros lo que ellos han contemplado, gustarán más profundamente las inescrutables riquezas de Cristo (Ef 3, 8) y la multiforme sabiduría de Dios” (nº 13). Efectivamente, ¿Cómo le podremos reconocer si no le tratamos? ¿Cómo encenderemos en los fieles un amor ardiente a Dios si nosotros no estamos unidos a El por un trato continuo, vital? En la Carta que dirigí a todos los sacerdotes, con motivo de la Solemnidad del Jueves Santo, les proponía el ejemplo del santo Cura de Ars, invitándoles a meditar nuestro sacerdocio a la luz de la vida de ese modelo de pastores. Quiero ahora recordaros lo que escribí en esa ocasión: “La oración fue el al-

ma de su vida. Una oración silenciosa, contemplativa; la más de las veces en su Iglesia, al pie del Tabernáculo. Por Cristo, su alma se abría a las tres Personas divinas, a las que en el testamento él entregaba su pobre alma. El conservó una unión constante con Dios en medio de una vida sumamente ocupada. Y nunca descuidó ni el Oficio Divino ni el Rosario. De este modo espontáneo se dirigía constantemente a la Virgen” (n° 11)” (Juan Pablo II, Alocución a los sacerdotes en Chile, 1 de abril de 1987).

Juan Pablo II, contemplando largamente la oración de Jesucristo en Getsemaní, nos ofrece algunos pensamientos sobre la importancia de la oración en nuestra vida, como centro de la existencia sacerdotal: La oración como centro de la existencia sacerdotal, 7-13: “Si en nuestra meditación del Jueves Santo de este año unimos el Cenáculo con Getsemaní, es para comprender como nuestro sacerdocio debe estar profundamente vinculado a la oración: enraizado en la oración. En efecto, la afirmación no requiere demostración, sino que más bien necesita ser cultivada constantemente con la mente y con el corazón, para que la verdad que hay en ella pueda llevarse a cabo en la vida de un modo cada vez más profundo. Se trata, pues, de nuestra vida, de la misma existencia sacerdotal, en toda su riqueza, que se encierra, antes que nada, en la llamada al sacerdocio, y que se manifiesta también en ese ser vicio de la salvación que surge de ella. Sabemos que el sacerdocio -sacramental y ministerial- es una participación especial en el sacerdocio de Cristo. No existe sin él y fuera de él. “Sin mí no podéis hacer nada” (Jn 15, 5), dijo Jesús en la última Cena, como conclusión de la parábola sobre la vid y los sarmientos. Cuando más tarde, durante su oración solitaria en el huerto de Getsemaní, Jesús se acerca a Pedro, a Juan y a Santiago y los encuentra dormidos, los despierta y les dice: “Vigilar y orad para no caer en tentación” (Mt 26, 41). La oración, pues, había de ser para los Apóstoles el modo concreto y eficaz de participar en la “hora de Jesús”, de enraizarse en Él y en su misterio pascual. Así será siempre para nosotros los sacerdotes. Sin la oración existe el peligro de aquella “tentación” en la que cayeron por desgracia los Apóstoles cuando se encontraron cara a cara con el “escándalo de la cruz”. En nuestra vida sacerdotal la oración tiene una variedad de formas y significados, tanto la personal, como la comunitaria, o la litúrgica (pública y oficial). No obstante, en la base de esta oración multiforme siempre hay que encontrar ese fundamento profundísimo que pertenece a nuestra existencia en Cristo, como realización específica de la misma existencia cristiana, y más aún, de modo más amplio de la humana.

La oración, pues, es la expresión connatural de la conciencia de haber sido creados por Dios, y más aún -como revela la Biblia- de que el Creador se

ha manifestado al hombre como Dios de la Alianza. La oración, que pertenece a nuestra existencia sacerdotal, comprende naturalmente dentro de todo lo que deriva de nuestro ser cristianos, o también simplemente del ser hombres hechos “a imagen y semejanza” de Dios. Incluye, además, la conciencia de nuestro ser hombres y cristianos como sacerdotes. Y esto es precisamente lo que quiere descubrir el Jueves Santo, llevándonos con Cristo, después de la última Cena, a Getsemaní. En efecto, allí somos testigos de la oración del mismo Jesús, que precede inmediatamente al cumplimiento supremo de su sacerdocio por medio del sacrificio, de sí mismo en la Cruz. Él, “constituido Sumo Sacerdote de los bienes futuros.... entró una vez para siempre en el santuario... por su propia sangre” (Hb 9, 11 12). De hecho, si bien era sacerdote desde el primer momento de su existencia, sin embargo “llegó a ser” de modo pleno el único sacerdote de la nueva y eterna Alianza mediante el sacrificio redentor, que tuvo su comienzo en Getsemaní. Este comienzo tuvo lugar en un contexto de oración.

La oración en Getsemaní es como una piedra angular, puesta por Cristo al servicio de la causa “que el Padre le ha confiado”: obra de la redención del mundo mediante el sacrificio ofrecido en la Cruz. Partícipes del sacerdocio de Cristo, que está unido indisolublemente a su sacrificio, también nosotros debemos poner la Piedra angular de la oración como base de nuestra existencia sacerdotal. Nos permitirá sintonizar nuestra existencia con el servicio sacerdotal, conservando intacta la identidad y la autenticidad de esta vocación, que se ha convertido en nuestra herencia especial en la Iglesia, como comunidad del Pueblo de Dios. La oración sacerdotal -especialmente la Liturgia de las Horas y la adoración Eucarística- nos ayudará a conservar antes que nada la conciencia profunda de que, como «siervos de Cristo», somos de modo especial y excepcional “administradores de los misterios de Dios” (1 Cor 4, 1). Cualquiera que sea nuestra tarea concreta, cualquiera que sea el tipo de compromiso en que desarrollamos el servicio pastoral la oración nos asegurará la conciencia de esos misterios de Dios, de los que somos “administradores”, y la llevará a manifestarse en todas nuestras obras. De este modo seremos también para los hombres un signo visible de Cristo y de su Evangelio. ¡Queridísimos hermanos! Tenemos necesidad de oración, de oración profunda y, en cierto sentido, “orgánica”, para poder ser ese signo. “En esto conocerán todos que sois mis discípulos: si tenéis amor unos para con otros”. ¡Sí! Concretamente, ésta es una cuestión de amor, de amor “a los demás”; efectivamente, el «ser», como sacerdotes «administradores de los misterios de Dios», significa ponerse a disposición de los demás y, así, dar testimonio de ese amor supremo que está en Cristo, de ese amor que es Dios mismo.

Si la oración sacerdotal reaviva esta conciencia y esta actitud en la vida de cada uno de nosotros, al mismo tiempo, de acuerdo con la “lógica” profunda de ser administradores de los misterios de Dios, la oración debe ampliarse y extenderse constantemente a todos aquellos que “el Padre nos ha dado”. Esto es lo que sobresale claramente en la oración sacerdotal de Jesús en el Cenáculo: “He manifestado tu nombre a los hombres que de este mundo me has dado. Tuyo eran y tú me los diste, y han guardado tu palabra” (Jn 17, 6). A ejemplo de Jesús, el Sacerdote, “administrador de los misterios de Dios”, es Él mismo cuando es “para los demás”. La oración le da una especial sensibilidad hacia los demás haciéndolo sensible a sus necesidades, a su vida y a su destino. La oración permite también al sacerdote reconocer a los “que el Padre le ha dado”... Estos son, ante todo, los que, por así decirlo, son puestos por el Buen Pastor en el camino de su servicio sacerdotal, de su labor pastoral. Son los niños, los adultos, los ancianos. Son la juventud, las parejas de novios, las familias, pero también las personas solas. Son los enfermos, los que sufren, los moribundos. Son los que están Espiritualmente cercanos, dispuestos a la colaboración apostólica, pero también los lejanos, los ausentes, los indiferentes, muchos de los cuales, sin embargo, pueden encontrarse en una fase de reflexión y de búsqueda. Son los que están mal dispuestos por varias razones, los que se encuentran en medio de dificultades de naturaleza diversa, los que luchan contra los vicios y pecados, los que luchan por la fe y la esperanza. Los que buscan la ayuda del sacerdote y los que lo rechazan. ¿Cómo ser sacerdote “para” todos ellos y para cada uno de ellos según el modelo de Cristo? ¿Cómo ser sacerdote “para” aquéllos que “el Padre nos ha dado”, confiándonoslos como un encargo? Nuestra prueba será siempre una prueba de amor, una prueba que hemos de aceptar, antes que nada, en el terreno de la oración. (Juan Pablo II, Carta a los sacerdotes, 13 de abril, jueves santo de 1987).

La oración es esencial en la vida pastoral: “Una notable experiencia de los sacerdotes de Estados Unidos en los años recientes, después del Concilio, ha sido la renovación de la vida espiritual. Muchos sacerdotes han buscado esta renovación en grupos de ayuda fraterna, mediante la dirección espiritual, en retiros y en otras loables iniciativas. Estos sacerdotes han podido experimentar que su ministerio se ha visto revitalizado al descubrir a Cristo en la oración y en el ministerio. Mientras descubristis a Cristo en la oración y en el ministerio, experimentáis, de modo más profundo, que Él, el Buen Pastor, es el verdadero centro de vuestra vida, el verdadero sentido de vuestro sacerdocio. Queridos hermanos, al hablaros de la oración no os digo nada que vosotros no sepáis ya, o que no practiquéis. La oración ha sido para de vuestra vida diaria desde los años del seminario e incluso antes. Pero perseverar en

la oración, como bien sabéis, no es fácil. Sequedad de espíritu, distracciones externas, tentación de que podemos usar nuestro tiempo de un modo más eficaz; son estas cosas bien conocidas por el sacerdote que desea orar. De una manera u otra son factores que inevitablemente se presentan en la vida de oración de un sacerdote. Para nosotros, los sacerdotes, la oración no es un lujo ni una alternativa de practicarla o no practicarla según convenga. La oración es esencial para la vida pastoral. A través de la oración amamos más profundamente a aquellos que Jesús nos ha confiado en nuestro ministerio. De particular importancia para nuestras vidas y nuestro ministerio es la oración de alabanza que representa la Liturgia de las Horas, que la Iglesia nos regala y durante las cuales nosotros oramos en su nombre y en nombre del Señor Jesús” (Juan Pablo II, Discurso a los representantes del clero de los Estados Unidos de América, Miami, durante el segundo viaje apostólico en los EEUU y Canadá, 10 de septiembre de 1987).

Imitar el diálogo continuo que mantenía Jesús con su Padre: “Doy gracias a Dios, a quien... rindo culto... continuamente, noche y día... en mis oraciones” (2 Tm 1, 3). Para ir asumiendo conciencia, cada día más gozosa e ilusionada, los sacerdotes han de imitar también el diálogo continuo, que el mismo Jesús mantenía con su Padre Dios. En la oración, a la vez que meditamos detenidamente los misterios de Cristo Jesús, hemos de buscar sin subterfugios la voluntad de Dios para reflejarla en las tareas pastorales, poniendo en manos del Altísimo los frutos del trabajo. Asimismo hemos de pedir insistentemente la ayuda divina para aquellos que han sido confiados a nuestra solicitud de Pastores, dando gracias por los beneficios recibidos y expiando también por nuestros pecados y por los pecados de todos los hombres. A través de la oración, se va profundizando gradualmente esa especial amistad a la que, en un cierto sentido, tenemos derecho, en consideración del misterio del Cenáculo (Carta a los sacerdotes con motivo del Jueves Santo, 25 de marzo de 1988).

Debemos rezar no teniendo tiempo para rezar: “Pero la esperanza, para no decaer, necesita alimentarse por una intensa vida de oración, de acogida de la Palabra de Dios, de contemplación. El incremento del trabajo en la viña del Señor, precisamente cuando va disminuyendo el número de operarios, puede hacernos olvidar que ante todo hemos sido llamados para estar con el Señor, escuchar su palabra, contemplar su rostro. La dimensión contemplativa es inseparable de la misión, porque según la célebre definición de santo Tomás, tomada también por el Concilio, la misión esencialmente es *contemplata aliis tradere* (IIa-IIae, q. 188, a. 7), transmitir a los otros lo que antes hemos largamente nosotros contemplado. De ahí la exigencia de largos

espacios de oración, de concentración, de adoración; la exigencia de una lectura asidua y meditada de la fe de la Palabra de Dios; la exigencia de un ritmo contemplativo; y por consiguiente, tranquilo y distendido, en la celebración Eucarística y de la Liturgia de las Horas; la exigencia del silencio como condición indispensable para realizar una profunda comunión y hacer así de toda nuestra vida una oración. Como consagrados no sólo debemos rezar, debemos ser una oración viva. Se podría decir también, debemos rezar aparentemente no rezando. Debemos rezar no teniendo tiempo para rezar, pero debemos rezar. Es otra paradoja. Humanamente, esto es algo imposible. ¿Cómo rezar no rezando? Pero san Pablo nos dice que “el Espíritu ora en nosotros”, entonces la cosa resulta algo distinta” (Juan Pablo II, Encuentro con los sacerdotes y religiosos en el Santuario de la Virgen de Ghiara, 6 de junio de 1988).

Vivir una vida espiritual de calidad: “El pueblo chadiano, espontáneamente religioso, es sensible a la dimensión religiosa de toda realidad. Sea cristiano o musulmán, sea que siga las ancestrales tradiciones religiosas, el chadiano manifiesta estima y respeto hacia todo hombre de Dios. El sacerdote debe ser reconocido como un hombre de Dios, un hombre de oración, al que se le vea rezar, al que se le escuche rezar. Cuando celebra la Eucaristía, la penitencia, la unción de los enfermos; cuando preside los funerales, las distintas bendiciones o los encuentros de oración, ha de hacerlo siempre con dignidad, tomando el tiempo que haga falta y revistiéndose con las vestiduras convenientes. El sacerdote está, por tanto, a vivir una vida espiritual de calidad, inspirada en el don del sacerdocio ministerial. Efectivamente, se puede hablar de una espiritualidad del sacerdote diocesano. Su oración, su entrega y todos sus esfuerzos están inspirados en su actividad apostólica, que a su vez se alimenta de toda su vida de contacto con Dios. Se ha visto cómo a un período pastoral intenso, le corresponde con frecuencia un tiempo fuerte de vida espiritual. Por lo demás, el Concilio Vaticano II, nos ha recordado que la “caridad para con Dios y para con los hombres es el alma de todo apostolado” (*Lumen gentium*, 33)” (Juan Pablo II, Encuentro con los sacerdotes, religiosos y seminaristas de la arquidiócesis de N’Dajamena, durante el viaje a Cabo verde, Guinea Bissau, Mail, Burkina Faso y Chad, 31 de enero de 1990).

El ambiente de oración en las reuniones eclesiales: “Y ya que todo esto es, al mismo tiempo, res sacra, conviene entonces que la preparación para el Sínodo se apoye no solamente sobre el intercambio de reflexiones, experiencias y sugerencias, sino que tenga también un carácter sacral. Es necesario rezar mucho por los trabajos del Sínodo. De ellos depende mucho

para un ulterior proceso de renovación, iniciado con el Concilio Vaticano II. En este campo, mucho depende de aquellos operarios que “el Dueño envíe a su mies”. Hoy, cercanos ya al tercer Milenio de la venida de Cristo, quizás experimentamos de manera más profunda la magnitud y las dificultades de la mies: “La mies es mucha”; pero vemos también la escasez de obreros: “Los obreros son pocos” (Mt 9, 37). “Pocos”: y esto atañe no sólo a la cantidad, sino también a la calidad. De ahí pues la necesidad de la formación. Por eso tienen un significado decisivo las palabras del Maestro: “Rogar, pues, al Dueño de la mies que envíe obreros a su mies” (Mt 9, 38). El Sínodo al que nos preparamos debe tener un carácter de oración. Sus trabajos deben transcurrir en una atmósfera de oración por parte de los mismos participantes. Pero no basta. Conviene que estos trabajos estén acompañados por la oración de todos los Sacerdotes de la Iglesia entera. Las reflexiones que he propuesto en el Ángelus dominical, desde hace algunas semanas, están encaminadas a suscitar esa oración” (Juan Pablo II, Carta a los sacerdotes, 12 de abril, jueves santo de 1990).

Deben aprender a orar, a orar bien: “La Cuaresma es un tiempo de oración. Es verdad que la oración debe tener siempre un lugar en nuestra vida, en todas las épocas del año, pero los cuarenta días que preceden al misterio pascual nos invitan a una oración más intensa y más asidua. Cuando Jesús pasó cuarenta días en el desierto, se dedicó a la oración. En la soledad se recogió totalmente en la presencia del Padre; lo contempló, dialogando con Él; y le confió su misión. Los cuarenta días de oración que precedieron a su actividad de predicación, son una lección para todos, pero de forma especial para el sacerdote. Este no es sólo el hombre de acción que se dedica al bien de los que le han sido confiados; es ante todo el hombre de la oración. En un encuentro anterior lo hemos calificado ya como hombre de Dios: ser hombre de Dios significa ser hombre de oración. El próximo Sínodo, al reflexionar sobre las exigencias de la formación sacerdotal, no podrá omitir este aspecto esencial del sacerdocio ministerial. Quienes se preparan para él deben formarse en una vida de oración. Para el sacerdote, la oración es una exigencia que brota tanto de su vida personal como del ministerio apostólico. El sacerdote tiene necesidad de la oración para que su vida sea, como debe ser, una vida esencialmente entregada a Cristo. No es posible pertenecer a Cristo con toda la propia existencia sin entablar con Él profundas relaciones personales que se manifiesten en el diálogo de la oración, y sin volver constantemente la mirada hacia Él, para vivir en comunión con Él. El ministerio apostólico, exige, a su vez, una asidua oración, porque toda la acción sacerdotal debe estar inspirada por Cristo y ha de esperar los frutos sólo de su gracia. El sacerdote está llamado a orar por aquellos a quienes ha sido enviado: les

debe a ellos el servicio de la oración, mediante la cual puede obtenerles numerosas gracias. La Carta a los Hebreos describe a Cristo sacerdote como aquel que intercede incesantemente por nosotros: “De ahí que pueda también salvar perfectamente a los que por él se llegan a Dios, ya que está siempre vivo para interceder en su favor” (7, 25). A imagen de Cristo, el sacerdote debe realizar una continua misión de intercesión. Es, por tanto, muy importante que los candidatos al sacerdocio se formen en la oración. Ante todo, deben adquirir la convicción de que la oración es necesaria para su vida sacerdotal y para su ministerio. Luego, deben aprender a orar, a orar bien, a utilizar de la mejor manera posible, según el método que les resulte más conveniente, los momentos de oración. Finalmente deben desarrollar el gusto por la oración, el deseo y, al mismo tiempo, la voluntad de oración. Pidamos a María, la Virgen orante, que vele por la formación de los sacerdotes en la oración, y que oriente al Sínodo en sus reflexiones y decisiones sobre este aspecto del sacerdocio tan esencial para la vida de la Iglesia” (Juan Pablo II, *Angelus* del Domingo 11 de marzo de 1990).

Es indispensable la oración por las vocaciones: “De todos modos, por doquiera y en cualquier lugar, es indispensable la oración para que el Padre de la mies envíe obreros a su mies. Esta es la oración por las vocaciones y es también la oración por todo sacerdote para que consiga una madurez cada día mayor en su vocación: en su vida y en su ministerio. Esta madurez contribuye de modo especial al aumento de las vocaciones. Simplemente hay que amar el propio sacerdocio, hay que comprometerse uno a sí mismo, para que de esta manera la verdad sobre el sacerdocio ministerial se haga atrayente para los demás. En la vida de cada uno de nosotros debe ser visible el misterio de Cristo, de donde arranca el *sacerdos* como *alter Christi* (Juan Pablo II, Carta a los sacerdotes, 10 de marzo, jueves santo de 1991).

Recogimiento y oración son los medios insustituibles: “El divino Maestro explicó qué significa ser amigos de él: el siervo no sabe lo que hace su amo; los amigos, en cambio, se conocen profundamente entre sí, porque en la amistad uno se revela al otro. El amigo comprende, acoge y defiende a su propio amigo: participa con autenticidad en su propia vida. El Señor nos llama a esta comunión afectuosa, pidiéndonos que tengamos los mismos sentimientos de Cristo. Desea que tengamos la mentalidad de Cristo. En realidad, participáis ya en los pensamientos de Cristo, por el hecho mismo de que habéis aceptado su invitación: la vocación. Pero estáis llamados a ahondar esta participación, siguiendo así, en el camino de la amistad y progresando en el unirse a él, como amigos, con el consorcio íntimo de toda su vida. Esta íntima familiaridad con Cristo, la relación profunda de filiación profun-

da con Dios Padre y la experiencia vivida de la inhabitación del Espíritu de amor, constituyen la base sólida de toda vida sacerdotal y religiosa. Recogimiento y oración son los medios insustituibles para realizar esa unión con el Padre, y el Hijo y el Espíritu Santo. Como María, la Madre de Jesús, conservaba en su corazón las palabras y los hechos de su Hijo, del mismo modo el sacerdote no puede desempeñar eficazmente su trabajo al servicio de Cristo y de la Iglesia sin conservarse constantemente sumergido en la contemplación del misterio del amor infinito de Dios. Los años de preparación, en el seminario, deben ser, por tanto, una verdadera escuela de oración y de contemplación, de forma que toda la acción pastoral del futuro sacerdote, tanto diocesano como religioso, se alimente de esta íntima relación de amistad con Cristo” (Juan Pablo II, Discurso a seminaristas y novicias de Budapest, 19 de agosto de 1991).

Saber conjugar bien la oración litúrgica y la personal: “En primer lugar la oración que ha de ser asidua, confiada, y misionera. Sabed conjugar bien la oración litúrgica con la oración personal. Es un camino que hay que recorrer, en el Señor y con el Señor, durante toda la vida. Como escribía san Gregorio Magno, para ser maestro de oración, es necesario trabajar por armonizar la fe con la vida: “¿Con qué ánimo osará ejercer el ministerio de intercesión ante Dios a favor del pueblo quien en su presencia no sabe obtener gracias con los méritos de su vida?” (Regla pastoral I, 10)” (Juan Pablo II, Seminaristas del Colegio Capránica, 21 de enero de 1992).

La formación espiritual, en comunión con Dios y a la búsqueda de Cristo: “Un elemento esencial de la formación espiritual es la lectura meditada y orante de la palabra de Dios (*lectio divina*); es la escucha humilde y llena de amor que se hace elocuente. A la luz y con la fuerza de la palabra de Dios es como puede descubrirse, comprenderse, amarse y seguirse la propia vocación; y también cumplirse la propia misión, hasta tal punto que toda la existencia encuentra su significado unitario y radical en ser el fin de la palabra de Dios que llama al hombre, y el principio de la palabra del hombre que responde a Dios. La familiaridad con la palabra de Dios facilitará el itinerario de la conversión, no solamente en el sentido de apartarse del mal para adherirse al bien, sino también en el sentido de alimentar en el corazón los pensamientos de Dios, de forma que la fe, como respuesta a la Palabra, se convierta en el nuevo criterio de juicio y valoración de los hombres y de las cosas, de los acontecimientos y de los problemas. Pero es necesario acercarse y escuchar la palabra de Dios tal como es, pues hace encontrar a Dios mismo, a Dios que habla al hombre; hace encontrar a Cristo, el Verbo de Dios, la Verdad que a la vez es Camino y Vida. Se trata de leer las «escrituras» escu-

chando las «palabras», la «Palabra» de Dios, como nos recuerda el Concilio: «La Sagrada Escritura contiene la palabra de Dios, y en cuanto inspirada es realmente Palabra de Dios». Y el mismo Concilio: «En esta revelación Dios invisible, movido de amor, habla a los hombres como a amigos, trata con ellos para invitarlos y recibirlos en su compañía. El conocimiento amoroso y la familiaridad orante con la palabra de Dios revisten un significado específico en el ministerio profético del sacerdote, para cuyo cumplimiento adecuado son una condición imprescindible, principalmente en el contexto de la «nueva evangelización», a la que hoy la Iglesia está llamada. El Concilio exhorta: “Todos los clérigos, especialmente los sacerdotes, diáconos y catequistas dedicados por oficio al ministerio de la Palabra, han de leer y estudiar asiduamente la Escritura para no volverse 'predicadores vacíos de la Palabra, que no la escuchan, por dentro” (San Agustín, *Serm.* 179, 1). La forma primera y fundamental de respuesta a la Palabra es la oración, que constituye sin duda un valor y una exigencia primarios de la formación espiritual. Ésta debe llevar a los candidatos al sacerdocio a conocer y experimentar el sentido auténtico de la oración cristiana, el de ser un encuentro vivo y personal con el Padre por medio del Hijo unigénito bajo la acción del Espíritu; un diálogo que participa en el coloquio filial que Jesús tiene con el Padre. Un aspecto, ciertamente no secundario, de la misión del sacerdote es el de ser «maestro de oración». Pero el sacerdote solamente podrá formar a los demás en la escuela de Jesús orante, si él mismo se ha formado y continúa formándose en la misma escuela. Esto es lo que piden los hombres al sacerdote: «El sacerdote es el hombre de Dios, aquel que pertenece a Dios y hace pensar en Dios. Cuando la carta a los Hebreos habla de Cristo, lo presenta como un 'sumo sacerdote misericordioso y fiel en lo que toca a Dios' (2, 17). Los cristianos esperan encontrar en el sacerdote no sólo un hombre que los acoja, que los escuche con gusto y que les muestre una sincera amistad, sino también y sobre todo un hombre que les ayude a mirar a Dios, a subir hacia él. Es preciso, pues, que el sacerdote esté formado en una profunda intimidad con Dios. Los que se preparan para el sacerdocio deben comprender que todo el valor de su vida sacerdotal dependerá del don de sí mismos que sepan hacer a Cristo y, por medio de Cristo, al Padre. En un contexto de agitación y bullicio como el de nuestra sociedad, un elemento pedagógico necesario para la oración es la educación en el significado humano profundo y en el valor religioso del silencio, como atmósfera espiritual indispensable para percibir la presencia de Dios y dejarse conquistar por ella.

El culmen de la oración cristiana es la Eucaristía, que a su vez es la cumbre y la fuente de los sacramentos y de la liturgia de las horas. Para la formación espiritual de todo cristiano, y en especial de todo sacerdote, es muy ne-

cesaria la educación litúrgica, en el sentido pleno de una inserción vital en el misterio pascual de Jesucristo, muerto y resucitado, presente y operante en los sacramentos de la Iglesia. La comunión con Dios, soporte de toda la vida espiritual, es un don y un fruto de los sacramentos; y al mismo tiempo es un deber y una responsabilidad que los sacramentos confían a la libertad del creyente, para que viva esa comunión en las decisiones, opciones, actitudes y acciones de su existencia diaria. En este sentido, la gracia que hace nueva la vida cristiana es la gracia de Jesucristo, muerto y resucitado, que sigue derramando su Espíritu Santo y santificador en los sacramentos; igualmente la «ley nueva», que debe ser guía y norma de la existencia del cristiano, está escrita por los sacramentos en el corazón nuevo. Y es ley de caridad para con Dios y los hermanos, como respuesta y prolongación del amor de Dios al hombre, significada y comunicada por los sacramentos. Se entiende el valor de esta participación «plena, consciente y activa» en las celebraciones sacramentales, gracias al don y acción de aquella «caridad pastoral» que constituye el alma del ministerio sacerdotal” (Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, 47-48, 25 de marzo de 1992).

La oración dentro de la formación permanente: “La vida espiritual es vida interior, vida de intimidad con Dios, vida de oración y contemplación, pero del encuentro con Dios y con su amor de Padre de todos nace precisamente la exigencia indeclinable del encuentro con el prójimo, de la propia entrega a los demás, en el servicio humilde y desinteresado que Jesús ha propuesto a todos como programa de vida en el lavatorio de los pies a los Apóstoles: «Os he dado ejemplo, para que también vosotros hagáis como yo he hecho con vosotros. «¿Ejerces la cura de almas?», preguntaba san Carlos Borromeo y respondía así en el discurso dirigido a los sacerdotes: «No olvides por eso el cuidado de ti mismo y no te entregues a los demás hasta el punto de que no quede nada tuyo para ti mismo. Debes tener ciertamente presentes a las almas, de las que eres pastor, pero sin olvidarte de ti mismo. Comprended, hermanos, que nada es tan necesario a los eclesiásticos como la meditación que precede, acompaña y sigue todas nuestras acciones. La vida de oración debe ser renovada constantemente en el sacerdote. La experiencia enseña que en la oración no se vive de rentas; cada día es preciso no sólo reconquistar la fidelidad exterior a los momentos de oración, sobre todo los destinados a la celebración de la liturgia de las horas y los dejados a la libertad personal y no sometidos a tiempos fijos o a horarios del servicio litúrgico, sino que también se necesita, y de modo especial, reanimar la búsqueda continuada de un verdadero encuentro personal con Jesús, de un coloquio confiado con el Padre, de una profunda experiencia del Espíritu” (Juan Pablo II, *Pastores dabo vobis*, 72, 25 de marzo de 1992).

El presbítero, hombre de oración: “En una palabra, podemos decir que, por estar consagrado a imagen de Cristo, el presbítero debe ser, como el mismo Cristo, hombre de oración. En esta definición sintética se encierra toda la vida espiritual, que da al presbítero una verdadera identidad cristiana, lo caracteriza como sacerdote y es el principio animador de su apostolado. El Evangelio nos presenta a Jesús haciendo oración en todos los momentos importantes de su misión. Su vida pública, que se inaugura con el Bautismo, comienza con la oración. Incluso en los períodos de más intensa predicación a las muchedumbres, Cristo se concede largos ratos de oración (Mc 1, 35; Lc 5, 16). Antes de elegir a los Doce, pasa la noche en oración (Lc 6, 12). Ora antes de exigir a sus Apóstoles una profesión de fe (Lc 9, 18); ora después del milagro de los panes, él solo, en el monte (Mt 14, 23; Mc 6, 46); ora antes de enseñar a sus discípulos a orar (Lc 11, 1); ora antes de la excepcional revelación de la Transfiguración, después de haber subido a la montaña precisamente para orar (Lc 9, 28); ora antes de realizar cualquier milagro (Jn 11, 41.42); y ora en la última cena para confiar al Padre su futuro y el de su Iglesia (Jn 17). En Getsemaní eleva al Padre la oración doliente de su alma afligida y casi horrorizada (Mc 14, 35.39 y paralelos), y en la cruz le dirige las últimas invocaciones, llenas de angustia (Mt 27, 46), pero también de abandono confiado (Lc 23, 46). Se puede decir que toda la misión de Cristo está animada por la oración, desde el inicio de su ministerio mesiánico hasta el acto sacerdotal supremo: el sacrificio de la cruz, que se realizó en la oración.

Los que han sido llamados a participar en la misión y el sacrificio de Cristo, encuentran en la comparación con su ejemplo el impulso para dar a la oración el lugar que le corresponde en su vida, como fundamento, raíz y garantía de santidad en la acción. Más aún, Jesús nos enseña que no es posible un ejercicio fecundo del sacerdocio sin la oración, que protege al presbítero del peligro de descuidar la vida interior dando la primacía a la acción, y de la tentación de lanzarse a la actividad hasta perderse en ella.

También el Sínodo de los obispos de 1971, después de haber afirmado que la norma de la vida sacerdotal se encuentra en la consagración a Cristo, fuente de la consagración de sus Apóstoles, aplica la norma a la oración con estas palabras: «A ejemplo de Cristo que estaba continuamente en oración y guiados por el Espíritu Santo, en el cual clamamos *Abbá*, Padre, los presbíteros deben entregarse a la contemplación del Verbo de Dios y aprovecharla cada día como una ocasión favorable para reflexionar sobre los acontecimientos de la vida a la luz del Evangelio, de manera que, convertidos en oyentes fieles y atentos del Verbo, logren ser ministros veraces de la Palabra. Sean asiduos en la oración personal, en la recitación de la liturgia de las

Horas, en la recepción frecuente del sacramento de la penitencia y, sobre todo, en la devoción al misterio eucarístico» (Documento conclusivo de la II Asamblea general del Sínodo de los obispos sobre el sacerdocio ministerial, n. 3).

El concilio Vaticano II, por su parte, había recordado al presbítero la necesidad de que se encuentre habitualmente unido a Cristo, y para ese fin le había recomendado la oración frecuente: «De muchos modos, especialmente por la alabada oración mental y por las varias formas de preces que libremente eligen, los presbíteros buscan y fervorosamente piden a Dios aquel espíritu de verdadera adoración por el que... se unan íntimamente con Cristo, mediador del Nuevo Testamento» (*Presbyterorum ordinis*, 18). Como se puede comprobar, entre las diversas formas de oración, el Concilio subraya la oración mental, que es un modo de oración libre de fórmulas rígidas, no requiere pronunciar palabras y responde a la guía del Espíritu Santo en la contemplación del misterio divino.

El Sínodo de los obispos de 1971 insiste, de forma especial, en la contemplación de la palabra de Dios. No nos debe impresionar la palabra contemplación a causa de la carga de compromiso espiritual que encierra. Se puede decir que, independientemente de las formas y estilos de vida, entre los que la vida contemplativa sigue siendo siempre la joya más preciosa de la Esposa de Cristo, la Iglesia, vale para todos la invitación a escuchar y meditar la palabra de Dios con espíritu contemplativo, a fin de alimentar con ella tanto la inteligencia como el corazón. Eso favorece en el sacerdote la formación de una mentalidad, de un modo de contemplar el mundo con sabiduría, en la perspectiva del fin supremo: Dios y su plan de salvación. El Sínodo dice: «Juzgar los acontecimientos a la luz del Evangelio» (cf. *ib.*). En eso estriba la sabiduría sobrenatural, sobre todo como don del Espíritu Santo, que permite juzgar bien a la luz de las razones últimas, de las cosas eternas. La sabiduría se convierte así en la principal ayuda para pensar, juzgar y valorar como Cristo todas las cosas, tanto las grandes como las pequeñas, de forma que el sacerdote -al igual e incluso más que cualquier otro cristiano- refleje en sí la luz, la adhesión al Padre, el celo por el apostolado, el ritmo de oración y de acción, e incluso el aliento espiritual de Cristo. A esa meta se puede llegar dejándose guiar por el Espíritu Santo en la meditación del Evangelio, que favorece la profundización de la unión con Cristo, ayuda a entrar cada vez más en el pensamiento del maestro y afianza la adhesión a él de persona a persona.

Si el sacerdote es asiduo en esa meditación, permanece más fácilmente en un estado de gozo consciente, que brota de la percepción de la íntima realización personal de la palabra de Dios, que él debe enseñar a los demás. En

efecto como dice el Concilio, los presbíteros, «buscando cómo puedan enseñar más adecuadamente a los otros lo que ellos han contemplado, gustarán más profundamente las insondables riquezas de Cristo (Ef 3, 8) y la multiforme sabiduría de Dios» (*Presbyterorum ordinis*, 13). Pidamos al Señor que nos conceda un gran número de sacerdotes que en la vida de oración descubran, asimilen y gusten la sabiduría de Dios como el apóstol Pablo (cf. ib.), sientan una inclinación sobrenatural a anunciarla y difundirla como verdadera razón de su apostolado (cf. *Pastores dabo vobis*, 47).

La liturgia de las Horas. Hablando de la oración de los presbíteros, el Concilio recuerda y recomienda también la liturgia de las Horas, que une la oración personal del sacerdote a la de la Iglesia. En el rezo del Oficio divino prestan su voz a la Iglesia, que persevera en la oración, en nombre de todo el género humano, juntamente con Cristo, que “vive siempre para interceder por nosotros” (Hb 7,25)» (*Presbyterorum ordinis*, 13).

En virtud de la misión de representación e intercesión que se le ha confiado, el presbítero está obligado a realizar esta forma de oración oficial, hecha por delegación de la Iglesia no sólo en nombre de los creyentes, sino también de todos los hombres, e incluso de todas las realidades del universo (cf. *Código de derecho canónico*, can. 1174, 1). Por ser partícipe del sacerdocio de Cristo, intercede por las necesidades de la Iglesia, del mundo y de todo ser humano, consciente de ser intérprete y vehículo de la voz universal que canta la gloria de Dios y pide la salvación del hombre.

Conviene recordar que, para asegurar mejor la vida de oración, así como para afianzarla y renovarla acudiendo a sus fuentes, el Concilio invita a los sacerdotes a dedicar, además del tiempo necesario para la práctica diaria de la oración, períodos más largos a la intimidad con Cristo: «Dediquen de buen grado tiempo al retiro espiritual» (*Presbyterorum ordinis*, 18). Y también les recomienda: «Estimen altamente la dirección espiritual» (ib.), que será para ellos como la mano de un amigo y de un padre que les ayuda en su camino. Atesorando la experiencia de las ventajas de esta guía, los presbíteros estarán mucho más dispuestos a ofrecer, a su vez, esa ayuda a las personas con quienes deben ejercer su ministerio pastoral; ése será un gran recurso para muchos hombres de hoy, especialmente para los jóvenes, y constituirá un factor decisivo en la solución del problema de las vocaciones, como muestra la experiencia de muchas generaciones de sacerdotes y religiosos... Pero la oración de los presbíteros alcanza su cima en la celebración eucarística, su principal ministerio (*Presbyterorum ordinis*, 13)” (Juan Pablo II, Catequesis de los miércoles, 2 de junio de 1993).

El clima de oración en la Eucaristía: “También en este nivel, que han alcanzado muchos sacerdotes santos, el alma sacerdotal no se cierra en sí misma, precisamente porque en la Eucaristía participa de modo especial de la caridad de Aquel que se da en manjar a los fieles (*Presbyterorum ordinis*, 13); y, por tanto, se siente impulsada a darse a sí misma a los fieles, a quienes distribuye el Cuerpo de Cristo. Precisamente al nutrirse de ese Cuerpo, se siente estimulada a ayudar a los fieles a abrirse a su vez a esa misma presencia, alimentándose de su caridad infinita, para sacar del Sacramento un fruto cada vez más rico. Para lograr este fin, el presbítero puede y debe crear el clima necesario para una celebración eucarística fructuosa: el clima de la oración. Oración litúrgica, a la que debe invitar y educar al pueblo. Oración de contemplación personal. Oración de las sanas tradiciones populares cristianas, que puede preparar, seguir y, en cierto modo, también acompañar la misa. Oración de los lugares sagrados, del arte sagrado, del canto sagrado, de las piezas musicales (especialmente con el órgano), que se encuentra casi encarnada en las fórmulas y los ritos, y todo lo anima y reanima continuamente, para que pueda participar en la glorificación de Dios y en la elevación espiritual del pueblo cristiano reunido en la asamblea eucarística” (Juan Pablo II, Catequesis de los miércoles, 9 de junio de 1993, 5).

Elementos esencial: “¿Cómo no ha de sentirse, pues, todo sacerdote llamado a la intimidad con el Señor en la oración? La oración es el elemento esencial en la vida y en la actividad pastoral del presbítero. Así exponía la necesidad de orar, un sacerdote de esta tierra y patrono del clero secular español, san Juan de Ávila: “¡Oh, qué gran negocio es incensar y ofrecer este sacrificio, y andar estas cosas juntas, porque para hacerse bien y ser valiosas no se ha de apartar una de otra! El incensar es orar; y aquel ha de tener por oficio el orar que tiene por oficio el sacrificar, pues es medianero entre Dios y los hombres, para pedirle misericordia; y no a sacas, sino ofreciéndole el don que amansa la ira, que es Cristo nuestro Señor” (Juan Pablo II, Homilía durante las ordenaciones sacerdotes en Sevilla, 12 de junio de 1993).

Orar, en cierto sentido, crea al sacerdote especialmente como pastor: “Os alimento con lo que yo mismo vivo”, decía san Anselmo. Las verdades anunciadas deben descubrirse y hacerse propias en la intimidad de la oración y de la meditación. Nuestro ministerio de la palabra consiste en manifestar lo que primero ha sido preparado en la oración. Sin embargo, no es ésta la única dimensión de la oración sacerdotal. Dado que el sacerdote es mediador entre Dios y los hombres, muchos hombres se dirigen a él para pedirle oraciones. Por tanto, la oración, en cierto sentido, “crea” al sacerdote, especialmente como pastor. Y al mismo tiempo cada sacerdote se crea a sí

mismo constantemente gracias a la oración. Pienso en la estupenda oración del breviario, *Officium divinum*, en la cual la Iglesia entera con los labios de sus ministros ora junto a Cristo; pienso en el gran número de peticiones y de intenciones de oración, que nos presentan constantemente numerosas personas. Yo tomo nota de las intenciones que me indican personas de todo el mundo y las conservo en mi capilla sobre el reclinatorio, para que en todo momento estén presentes en mi conciencia, incluso cuando no puedo repetir las literalmente cada día. Permanecen allí, y se puede decir que el Señor Jesús las conoce, porque se encuentran entre los apuntes sobre el reclinatorio y también en mi corazón” (Juan Pablo II, Discurso al Simposio con motivo del XXX aniversario del Decreto *Presbyterorum ordinis*, 27 de octubre de 1995, nº 5).

Uno de sus primeros deberes es el de orar por el pueblo que se le ha encomendado: “Si los obispos y los sacerdotes quieren ser testigos verdaderamente eficaces de Cristo y maestros de la fe, tienen que ser hombres de oración como Cristo mismo. El sacerdote sólo puede cumplir su misión si se dirige con frecuencia y confianza a Dios, buscando la guía del Espíritu Santo. Los sacerdotes y los seminaristas que se preparan al sacerdocio, necesitan ser conscientes de que existe una relación íntima entre vida espiritual del presbítero y el ejercicio de su ministerio. Todo sacerdote está llamado a desarrollar una gran familiaridad personal con la palabra de Dios, para que pueda entrar cada vez más en el pensamiento del Maestro y afianzar la adhesión al Señor, su modelo sacerdotal y su guía. Una vida de oración intensa da el don de sabiduría, con el que el Espíritu lleva al sacerdote a valorar cada cosa a la luz del Evangelio, ayudándole a leer en los acontecimientos de su propia vida y de la Iglesia el misterioso y amoroso designio del Padre. En una época que exige mucho tiempo y energías por parte del sacerdote, es importante subrayar que uno de sus primeros deberes es el de orar por el pueblo que se le ha encomendado. Este es su privilegio y su responsabilidad, pues ha sido ordenado con el fin de representar a su pueblo ante el Señor e interceder en su favor ante el trono de la gracia. A este respecto quisiera poner de relieve, una vez más, la importancia que tiene en la vida sacerdotal rezar fielmente todos los días la liturgia de las Horas, la oración pública de la Iglesia. Mientras que los fieles están invitados a participar de esta oración, siguiendo la recomendación de Cristo de orar sin desfallecer, los sacerdotes han recibido la misión especial de celebrar el Oficio divino, en el que Cristo mismo ora con nosotros y por nosotros. En efecto, orar por las necesidades de la Iglesia y de cada fiel es tan importante que habría que pensar seriamente en reorganizar la vida sacerdotal y parroquial a fin de asegurar que los sacerdotes tengan tiempo para dedicarse a esta tarea tan esencial, de forma individual, y en

comunidad. La oración litúrgica y la personal, y no las tareas administrativas, deben marcar el ritmo de la vida del sacerdote, incluso en la parroquia más activa” (Juan Pablo II, Discurso al V Grupo de Obispos de EEUU, Michigan y Ohio, 21 de mayo del 1998, n° 3).

La oración unifica la vida del sacerdote: “Ante las dificultades que tenéis que afrontar, no dudéis nunca que el Espíritu, el Paráclito, será vuestro defensor y abogado y os dará fuerzas para superar todos los obstáculos. Por eso, proseguid confiados con seguridad a su poder y experimentad el alivio y el descanso en la oración, frecuente y prolongada. La oración unifica la vida del sacerdote, tantas veces en peligro de dispersión por la multiplicidad de tareas que hay que realizar, y confiere autenticidad a lo que hacéis, pues hace brotar del Corazón de Cristo los sentimientos que animan vuestra labor. No temáis dedicarle tiempo y energías, sino más bien procurad ser hombres de oración asidua, gustando el silencio contemplativo y la celebración devota y diaria de la Eucaristía y de la Liturgia de las Horas, que la Iglesia os ha encomendado para bien de todo el Cuerpo de Cristo. La oración del sacerdote es también una exigencia de su ministerio pastoral, pues las comunidades cristianas se enriquecen con el testimonio del sacerdote orante, que con su palabra y su vida anuncia el misterio de Dios” (Juan Pablo II, Mensaje a los participantes en el III encuentro internacional de sacerdotes, Ciudad de México, 29 de junio de 1998, n° 3).

Fruto de la oración personal es la predicación: “Existe, por tanto, una especial relación entre oración personal y predicación. Al meditar la Palabra de Dios en la oración personal debe también manifestarse de modo espontáneo la primacía de un testimonio de vida, que hace descubrir la potencia del amor de Dios y hace persuasiva la palabra del predicador. Fruto de la oración personal es también una predicación que resulta incisiva no sólo por su coherencia especulativa, sino porque nace de un corazón sincero y orante, consciente de que la tarea del ministro “ no es la de enseñar la propia sabiduría, sino la Palabra de Dios e invitar con insistencia a todos a la conversión y a la santidad. Para ser eficaz, la predicación de los ministros requiere estar firmemente fundada sobre su espíritu de oración filial: *sit orator, antequam dīctor*. En la vida personal de oración de los sacerdotes encuentran apoyo e impulso la conciencia de su ministerialidad, el sentido vocacional de su vida, su fe viva y apostólica. Aquí se alcanza también, un día tras otro, el celo por la evangelización. Y ésta, convertida en convicción personal, se traduce en una predicación persuasiva, coherente y convincente. En este sentido, el rezo de la Liturgia de las Horas no mira sólo a la piedad personal, ni se agota en ser oración pública de la Iglesia, sino que posee también una gran utilidad pasto-

ral en cuanto ocasión privilegiada para familiarizarse con la doctrina bíblica, patrística, teológica y magisterial, que después de interiorizada es derramada sobre el Pueblo de Dios a través de la predicación” (Congregación para el Clero, *El Presbítero, maestro de la Palabra, ministro de los sacramentos y guía de la comunidad*, ante el III Milenio, n° 1: 19 de marzo de 1999).

El seminario, lugar de oración. Sólo la experiencia del silencio y de la oración ofrece el horizonte adecuado en el que puede madurar y desarrollarse el conocimiento más auténtico y coherente de aquel misterio que tiene su expresión más culminante en la solemne proclamación del evangelista Juan. No podemos menos de ver en estas sugerencias la invitación a hacer del seminario el lugar de silencio, y la casa de oración, donde el Señor sigue llamando a los suyos, a un lugar apartado para vivir una intensa experiencia de encuentro y contemplación. Por este camino quiere prepararlos para que sean maestros de la fe, y educadores del pueblo de Dios en la fe, y valerse de ellos para proclamar con autoridad la palabra de Dios, reunir al pueblo de Dios que estaba disperso. Alimentarlo con los sacramentos, signos eficaces de la acción de Cristo, ponerlo en el camino de la salvación” (Juan Pablo II, *Discurso en el Seminario Teológico de San Pío X de Catanzaro*, con motivo del 90º aniversario de su fundación, 18 de marzo del 2002).

El corazón de la oración es sin duda la Eucaristía: “Esto exige que nosotros, en el ejercicio del ministerio, y en toda nuestra vida, seamos verdaderamente hombres de Dios. No sólo los fieles más cercanos, sino también las personas débiles e inciertas en su fe y alejadas de la práctica de la vida cristiana, son sensibles a la presencia y al testimonio de un sacerdote que es realmente hombre de Dios. Por el contrario, en la medida en que lo conocen, lo estiman y tienden a abrirse a él. Por eso es muy importante que nosotros, los sacerdotes, seamos los primeros en responder con sinceridad y generosidad a la llamada a la santidad que Dios dirige a todos los bautizados. El camino real e insustituible para avanzar por el camino de la santificación es la oración: estando con el Señor, nos convertimos en amigos del Señor, su mirada se transforma progresivamente en nuestra mirada, y su corazón en nuestro corazón. Si queremos de verdad que nuestras comunidades sean escuelas de oración, nosotros primero debemos ser hombres de oración, entrando, por tanto, en la escuela de Jesús, de María y de los santos, maestros de oración. El corazón de la oración cristiana y la clave del ministerio de nuestro sacerdocio es, sin duda, la Eucaristía. Por eso la celebración de la santa Misa ha de ser, para cada uno de nosotros, el centro de la vida y el momento más importante de cada jornada. Amadísimos hermanos, en realidad, no tenemos alternativa. Si no procuramos avanzar, de modo humilde

pero confiado, por el camino de nuestra santificación, y terminaremos por contentarnos con pequeñas componendas, que poco a poco, se hacen más graves y pueden desembocar incluso en la traición, abierta o encubierta, al amor de predilección con el que Dios nos ha amado al llamarnos al sacerdocio” (Juan Pablo II, Encuentro con el clero de Roma, 6 de marzo del 2003).

Estar largos ratos en oración: “Es hermoso estar con Él y, reclinados sobre su pecho como el discípulo predilecto, palpar el amor infinito de su corazón. Si el cristianismo ha de distinguirse en nuestro tiempo sobre todo por el « arte de la oración», ¿cómo no sentir una renovada necesidad de estar largos ratos en conversación espiritual, en adoración silenciosa, en actitud de amor, ante Cristo presente en el Santísimo Sacramento? ¡Cuántas veces, mis queridos hermanos y hermanas, he hecho esta experiencia y en ella he encontrado fuerza, consuelo y apoyo!” (Juan Pablo II, Carta a los sacerdotes, 17 de abril, *Ecclesia Eucharistia*, jueves santo de 2003, nº 4).

La oración reforzada por el sacrificio es el medio más eficaz de la pastoral vocacional: “Sí, las vocaciones son un don de Dios que se ha de suplicar continuamente. Siguiendo la invitación de Jesús, hay que rogar ante todo al Dueño de la mies para que envíe obreros a su mies. La oración, reforzada con el ofrecimiento silencioso del sufrimiento, es el primero y más eficaz medio de la pastoral vocacional” (Juan Pablo II, Carta a los sacerdotes, 28 de marzo, jueves santo de 2004, nº 5).

Una práctica pastoral, basada en la oración: “Humanamente no es fácil realizar la tarea. Precisamente por eso, es necesario buscar la ayuda de aquél que envía obreros a su mies. Que en nuestra vida de hoy, y sobre todo en el sacerdote, no falte jamás el espacio para la oración. Sí, esforzaos al máximo para prepararos del mejor modo posible a las tareas sacerdotales mediante un sólido estudio de la doctrina –no sólo teológico, sino también de otras disciplinas, que os ayudarán en el contacto con el hombre moderno o mediante el aprendizaje de una práctica pastoral, pero basad esta preparación en el firme fundamento de la oración. Os dejo esta consigna: sed hombres de oración y lograréis imitar lo que celebráis” (Juan Pablo II, A los superiores, formadores y alumnos del Seminario de Polonia, 9 de diciembre del 2004).

Conclusión: ¿Quién es el sacerdote para el Papa? Respondo con un recuerdo que está todavía vivo en mi corazón. Es la memoria de aquel encuentro alegre que, por iniciativa de la Congregación para el Clero, tuvo lugar en el Vaticano en noviembre de 1996 en el Aula Pablo VI con ocasión del 50 aniversario de su Sacerdocio. En aquella ocasión, ante 1500 sacerdotes provenientes de todo el mundo, ante innumerables Obispos y 44 Cardenales

que le aplaudieron con tanto calor -yo estaba presente en calidad de Pro-Prefecto de la Congregación- su palabra nos sacudió por la simplicidad y profundidad teológica: “Han transcurrido cincuenta años, queridos hermanos jubilares -dijo-. A todos nosotros se refieren las palabras de la Carta a los Hebreos: el “sacerdote elegido entre los hombres, es constituido para el bien de los hombres en lo referente a Dios, para ofrecer dones y sacrificios por los pecados” (Hb 5,1). Nosotros hemos respondido a esta llamada: “¡Aquí estoy!”. Nos encontramos en estos días juntos para repetir nuestro “Aquí estoy”- Y añadió: “Con el paso de los años las fuerzas corporales van desapareciendo. Sin embargo, la fuerza interior no sigue las leyes físicas. El sacerdocio en efecto, no puede reducirse simplemente a aspectos funcionales. Somos ministros de Cristo y de Su Esposa y, durante el tiempo que Dios quiera, nos espera una función formidable. Las dificultades y las pruebas no nos desaniman nunca ni nos viene la tentación de repetir el lamento de Jeremías: Señor Dios, yo no se hablar porque soy viejo”. El Señor nos estimula: No temas: yo estoy contigo para hacerles frente. Yo pongo mis palabras en tus labios. Queridos hermanos en el sacerdocio... ¿puede haber una vocación más grande y sublime que esta? (Juan Pablo II, Homilía en las Vísperas de Jesucristo Sumo y Eterno Sacerdote, nos. 4, 5, 7). El sacerdocio es, para el Papa, don y misterio, don por la gratuidad de la vocación divina que supera infinitamente al hombre, misterio de la misericordia de Dios que se manifiesta plenamente el sacerdocio de Cristo. He aquí el porque de la predilección de Juan Pablo II por todos los sacerdotes del mundo, en la convicción de que el camino de la nueva evangelización y de la misión pasa por medio del ministerio sacerdotal: por esto debe caracterizarse por la claridad de identidad, por la formación permanente, por la santidad auténtica. El Sacerdote es “el hoy” de Cristo Redentor, el hombre de la Eucaristía, el hombre de la oración, que conjuga en sí de forma inseparable santidad y misión y escucha en lo profundo de su alma las palabras de la Sagrada Escritura: “Antes de formarte en el seno materno, te conocía; antes de que nacieses, te tenía consagrado; te he establecido profeta de las naciones” (Jer 1,5). No creo tener nada más que añadir: las palabras de Dios, las palabras de los profetas y los santos, las palabras del Papa son más elocuentes que cualquier otra palabra mía” (Card. Darío Castrillón Hoyos).